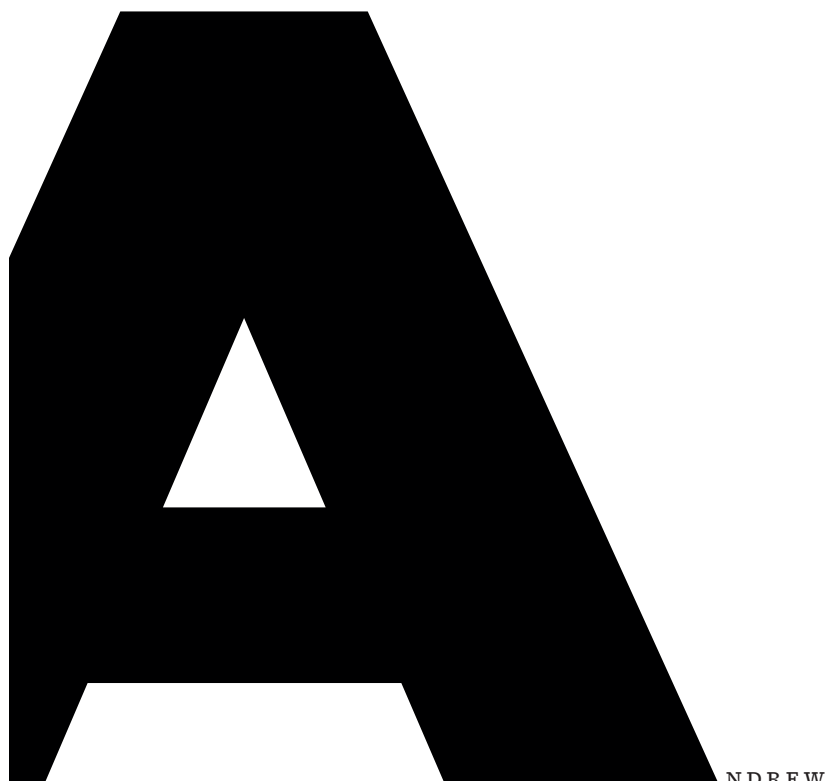




ANDREW TATE, de 39 años, excampeón mundial de *kickboxing* con doble nacionalidad británica y estadounidense y residencias en Rumanía y en Dubái, donde posee una mansión de más de 25 millones de dólares, es un ídolo de la machosfera, ese ecosistema digital de gurús de la virilidad y vendedores de resentimiento que está moldeando la mente de toda una generación de adolescentes. Tiene decenas de millones de seguidores, amigos en la Casa Blanca —presume de su relación con Barron Trump, el hijo menor del presidente, que lo consideraría «un hermano mayor»— y causas judiciales abiertas en tres países. La última arrancó el 22 de junio en el Tribunal Superior de Londres, donde cuatro mujeres lo acusan de violación.

Esta historia, sin embargo, empieza en Luton, un municipio deprimido en el que se ubica uno de los seis aeropuertos de la región metropolitana de Londres, a finales de los años noventa, donde Andrew y su hermano Tristan, dos años menor, caminaban cada mañana al colegio. Habían llegado de Indiana (Estados Unidos) con su madre, que fregaba platos en un comedor escolar, y vivían en un barrio de protección oficial. En Luton los aviones se le echan a uno encima: cada pocos minutos, una panza naranja de EasyJet pasa rugiendo a ras de los tejados. Algunos días, en aquel trayecto, pasaba junto a los hermanos Tate un Ferrari y Andrew se ponía furioso. «¿Ese tío ha hackeado *Matrix*!», le gritaba a su hermano. «¿Cómo tiene cuatrocientas mil libras para un coche? ¿Sabe algo que nosotros no sabemos!».

Treinta años después, millones de chavales de todo el planeta miran a Andrew Tate como él miraba aquel Ferrari. Lo ven posar con sus Bugatti, sus puros habanos y sus relojes de diamantes, lo escuchan explicar que la depresión no existe, que las mujeres son propiedad del hombre y que el mundo es una simulación diseñada para castrarlos, y concluyen que

ese hombre ha tomado la píldora roja y descifrado el código. Tate ha construido el producto más eficaz de la historia de la misoginia digital: él mismo. Y lo ha hecho, según los fiscales de tres países, sobre los cuerpos de decenas de mujeres a las que enamoró, encerró y explotó.

EL JUICIO QUE NO SALE EN TIKTOK

Las cuatro demandantes de la vista que se celebra en la capital británica tienen identidad protegida por el tribunal. Dos fueron parejas de Tate entre 2013 y 2015; las otras trabajaron en su negocio de pornografía por webcam en Inglaterra. Lo acusan de violación, estrangulamiento y control coercitivo, una forma de dominación que va cerrando, una a una, las salidas de la vida de una mujer hasta que, como describió la abogada de las demandantes, «puede que no se vaya, aunque la puerta esté abierta».

Tate lo niega todo y sostiene que cualquier contacto sexual fue consentido. El resto del cerco judicial se le ha ido aflojando a medida que crecía su influencia política: la causa rumana por trata, violación y crimen organizado lleva años empantanada —la prohibición de salir del país se esfumó en febrero de 2025, después de que el enviado especial de Trump Richard Grenell planteara el caso en Bucarest, un alto funcionario rumano pasara por Mar-a-Lago y los hermanos aterrizaran en Florida en *jet* privado— y otros 21 cargos presentados ante la justicia británica por violación y trata esperan una extradición que el Gobierno de Londres no ha solicitado. Ahora mismo, este juicio es el único proceso vivo en el que Andrew Tate va a rendir cuentas.

Que el pleito sea civil y no penal es en sí mismo un escándalo. Las primeras denuncias contra él por violación se presentaron en Hertfordshire (Reino Unido) en 2014 y 2015. La instrucción durmió cuatro años en un cajón y, en 2019, la Fiscalía acabó archivándola en un país donde apenas el dos por ciento de las violaciones denunciadas terminaba entonces en condena. Una investigación de la periodista Heidi Blake publicada en *The New Yorker* ha revelado hasta qué punto aquella instrucción fue una chapuza: los agentes no grabaron debidamente las declaraciones, desanimaron a una de las denunciadas de seguir adelante y rompieron la cadena de custodia del teléfono de Tate, que quedó tirado por la comisaría mientras el caso languidecía.

EL HIJO DEL AJEDRECISTA

Para entender al hijo hay que remitirse al padre. Emory Tate fue un ajedrecista de talento, sargento y lingüista de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, expulsado del Ejército en 1992 con un diagnóstico de trastorno narcisista de la personalidad. Era brillante, carismático y aterrador. Bebía, desaparecía durante semanas para jugar torneos con su sombrero de fieltro, y volvía a casa convencido de que la CIA lo vigilaba. A sus hijos los educó a correazos. «Mi padre era mi héroe en todos los sentidos —ha dicho Andrew—. Lo temía como si fuera Dios».

Cuando su matrimonio se rompió y Emory se marchó, el niño no culpó al padre sino a la madre, y de esa elección salió toda una cosmovisión: el hombre que abandona es un superhéroe que «vive la vida en sus propios términos»; quedarse a cuidar de los hijos es cosa de calzonazos. Emory, que en Facebook presumía de haber golpeado a mujeres «sin dejar marca» y defendía que los hombres maduros pudieran acostarse con niñas púberes, dejó a su hijo un ideario basado en los «enemigos del macho alfa», la «locura de las élites» y, cómo no, *Matrix*. Cuando murió de un infarto sobre un tablero, en 2015, Andrew lo despidió por escrito: «Creó un

